



Capítulo 127 Ella sabe sobre los Demonios.

"¿Ella... te tiró de un edificio?" Vergil arqueó una ceja, no porque estuviera sorprendido ni dudando, sino porque era justo lo que Zafiro haría sin dudarlo para demostrar algo. Estaba loca, después de todo. Y un Demonio... Ser así era parte de su naturaleza. "Sí, me tiró de ese edificio justo ahí. Y tiene 310 metros de altura", dijo Felicia como si no fuera para tanto, sin dejar de beber el vino caro que el camarero acababa de servir. Vergil se llevó una mano a la frente, intentando procesar la información. "Entonces... Zafiro apareció en tu casa, te dijo que era un demonio y luego te tiró de un edificio... ¿y creíste que eso era normal?" Felicia dio otro sorbo de vino, agitando la copa ligeramente antes de responder. "¿Normal? No. ¿Pero convincente? Totalmente. Cuando caes de un edificio de 310 metros y algo invisible te detiene a escasos centímetros del suelo, empiezas a reevaluar el concepto de normalidad." Katharina finalmente logró recomponerse, pero no pudo contener la risa que se le escapó. "Es tan típico de mi madre... usar un método dramático para demostrar algo. ¿Y te parece bien?" Felicia le lanzó una mirada penetrante, aunque una leve sonrisa burlona se dibujó en sus labios. "Bueno, considerando que después me entregó las llaves de un imperio corporativo, supongo que puedo dejarlo pasar." Vergil suspiró, reclinándose en su silla. "Esto es una locura. Una locura total. Simplemente... decidió que deberías ser el director ejecutivo de una empresa multimillonaria porque... ¿por qué? ¿Cuál es el razonamiento?" Felicia se encogió de hombros, como si hablara del menú del restaurante. "Dijo que era para proteger tu legado. Algo sobre mantener el equilibrio entre humanos y demonios. Francamente, no le presté atención a la mitad de lo que dijo porque estaba demasiado ocupada procesando el hecho de que mi hijo es un demonio casado con la heredera de una Reina Demonio." "Tres herederos", murmuró Vergil, pasándose una mano por el pelo. "Ada y Roxanne son hijas de las otras dos reinas..." Felicia se quedó paralizada un instante, con la mirada fija en Vergil mientras procesaba la información. Lentamente, dejó su copa, se cruzó de brazos y se inclinó hacia delante, con el rostro entre incredulidad y exasperación. "¿Tres Reinas Demonio?", repitió, cada palabra como si la mordiera. "¿Me estás diciendo que no solo eres un demonio, sino que estás casada con tres herederos de reinas infernales que casualmente gobiernan el Inframundo?", intentó intervenir





Katharina, levantando la mano con una sonrisa nerviosa. "Técnicamente, la madre de Roxanne es más bien una Dama del Infierno, pero..." "¡Eso no ayuda!", espetó Felicia, señalándola sin siquiera mirarla. Vergil se rascó la nuca, con evidente incomodidad. —Bueno, no fue exactamente planeado, mamá. Pasaron cosas. Es decir, es culpa de Katharina. Hizo el pacto equivocado al revivirme, Y luego pasaron cosas, y ahora también tengo a Roxanne y a Ada." Felicia se quedó paralizada a medio sorbo de vino, con la mirada fija en Vergil como si intentara descifrar si bromeaba o estaba tan loco como para mencionar la muerte de pasada. "¿Moriste?!", gritó, y su voz resonó por el restaurante privado, haciendo que incluso los camareros que observaban discretamente desde lejos se congelaran en su sitio. Vergil suspiró, frotándose la cara con una mano. "Mamá, cálmate, ¿vale? Se acabó. Ya estoy bien." "¿Cálmate?!" Felicia golpeó la copa de vino sobre la mesa con tanta fuerza que Katharina tuvo que intervenir para evitar que se rompiera. "¡Mi hijo murió y está aquí sentado hablando de ello como si hubiera perdido las llaves del coche! ¿Cómo moriste? ¿Quién te mató?! "Fue un ángel caído...", empezó Vergil, intentando sonar tranquilo, pero la mirada de su madre se agudizaba con cada palabra. "Por alguna razón que aún no entiendo, apareció, dijo algunas cosas crípticas y me mató. Luego ella —señaló a Katharina— me revivió como demonio."



Felicia se quedó boquiabierta. "¿Así sin más? ¿Te mataron y ella te trajo de vuelta?"

Katharina, sin poder contener la risa, se tapó la boca con la mano. "Bueno... técnicamente, sí."

—¡Eso no ayuda! —Felicia la señaló con el dedo, con una expresión que mezclaba incredulidad y frustración—. ¿Y tú? ¿Hiciste el pacto equivocado? ¿Cómo es posible? Ustedes dos son... son...

"¿Desastres andantes?", preguntó Katharina con una sonrisa pícaro, haciendo que Vergil pusiera los ojos en blanco.



¡Sí! ¡Exactamente! —exclamó Felicia. Se levantó de golpe, paseándose de un lado a otro, con los tacones resonando contra el suelo de mármol—. Un ángel caído. Un pacto fallido. Tres esposas demoníacas. Vergil, tu vida no es una novela digital; ¡es una película de terror de bajo presupuesto!

Mira, mamá, sé que suena mal...

¡¿Suena mal?! ¡Moriste, Vergil! ¡MUERTO! ¡Eso es malo en cualquier idioma!

Katharina soltó una risa ahogada, y Felicia se giró hacia ella con expresión de pura exasperación. "¿Y te ríes? ¿Te parece gracioso? ¿En serio?"

—Bueno —empezó Katharina, intentando mantener un tono ligero—, Vergil está vivo ahora, ¿verdad? Y, seamos sinceras, solo está en este lío porque es especial. Hay algo en este hombre que hace que todos, vivos o muertos, se interesen por él. Yo incluida. —Le guiñó un ojo a Felicia, quien se cruzó de brazos, visiblemente indiferente.



Felicia suspiró profundamente y volvió a sentarse. "Bien, recapitulemos. Un ángel caído te mató. Katharina hizo un pacto erróneo para traerte de vuelta. Ahora eres un demonio recién nacido con tres esposas y un montón de problemas interdimensionales. ¿Me estoy perdiendo algo?"

Vergil dudó. "Creo que... eso es todo. Solo eso."

—¡¿Solo eso?! —gritó Felicia de nuevo, y Vergil se quedó en silencio al instante, mirando a Katharina como si pidiera ayuda.

Katharina se encogió de hombros. "Tú lo pediste, cariño."



—Bueno... —murmuró Vergil—. Al menos dime cómo te contactó Zafiro. Tengo un mal presentimiento...

Ese día...

Felicia estaba de pie en su elegante y moderna cocina, revolviendo una olla de salsa hirviendo mientras tarareaba una vieja melodía que traía recuerdos de tiempos más simples.

La casa estaba inquietantemente silenciosa... y no es que no estuviera acostumbrada. Desde que Vergil se fue a "buscar su propio camino" (que aparentemente incluía vivir con mujeres hermosas), pasaba la mayor parte de sus días sola.

De repente, sonó el timbre.

Felicia frunció el ceño. No esperaba a nadie. Apagó la estufa, se secó las manos con un paño de cocina y caminó hacia la puerta; la sospecha crecía a cada paso. Miró por la mirilla y se quedó paralizada.

Una mujer imponente, imponente, estaba de pie en su porche, con una expresión serena pero imponente. A Felicia se le secó la garganta al fijarse en los detalles: una larga cabellera carmesí que caía como la seda, unos penetrantes ojos esmeralda que parecían ver a través de la puerta, y un físico que desafiaba la lógica: musculoso y curvilíneo a la vez. El top negro que llevaba dejaba claro que esta mujer conocía el impacto que causaba... y le importaba muy poco.

Felicia abrió la puerta lentamente, intentando mantener la compostura. "¿Puedo ayudarla?"





La mujer ladeó levemente la cabeza, con una sonrisa extendiéndose por sus labios. «Qué placer conocerte por fin, Felicia Kennedy». Su voz era profunda pero innegablemente femenina, con un tono hipnótico que le provocó escalofríos en la espalda.

—Claro. Soy Zafiro Agares. —Extendió la mano, pero no para un apretón; era un gesto de autoridad, como si esperara que Felicia la besara o algo así—. La madre de Katharina, entre otras cosas.

Felicia parpadeó varias veces, intentando procesar la información. "Ah, sí... Katharina... la pelirroja que me secuestró a mi hijo."

"Está casada con mi hija, es natural que vivan juntos." Zafiro sonrió, y su sonrisa se ensanchó. "Oh, está bien. No te preocupes, estoy aquí precisamente para aclarar esto. ¿Puedo pasar?"

Zafiro Agares... estaba... ¿siendo amable?

Antes de que Felicia pudiera responder, Zafiro pasó junto a ella como si ya la hubieran invitado. La mujer era una fuerza de la naturaleza, tanto en presencia como literalmente, porque Felicia sintió una ráfaga de viento al entrar.

—Eh, claro, ¿por qué no? —murmuró Felicia, cerrando la puerta e intentando recomponerse—. Dijiste... ¿eres la madre de Katharina? ¿Por qué estás aquí?

Zafiro miró a su alrededor, inspeccionando la casa como si fuera una tasadora inmobiliaria. "Ah, es una larga historia. Pero, en resumen: tu hijo es un demonio. Más especial de lo que jamás podrías imaginar". Se giró para mirar a Felicia, con una intensidad que la hizo retroceder un paso. "Bueno, eres su madre, así que claro que necesitas saberlo pronto, y probablemente lo





ocultaría, pero no me gustan las mentiras, así que te lo digo desde el principio".

Idénticas... pensó Zafiro mientras observaba la apariencia de Felicia... Tan idénticas...

Felicia miró fijamente a Sapphire, todavía tratando de procesar la avalancha de información.

"Espera, espera..." Felicia levantó las manos como si intentara mantener el mundo en su sitio. "Dijiste que mi hijo es... ¿qué? ¿Un demonio? ¿Es una broma elaborada? Porque, sinceramente, he tenido días malos, pero este está en lo más alto de la lista."

Zafiro ladeó la cabeza, examinando a Felicia con una mirada penetrante. "No, no es broma. Vergil es un demonio. No cualquiera, claro. Está casado con mi hija, y yo soy reina". Señaló su cabeza mientras unos cuernos curvos empezaban a emerger de ella.



Felicia miró a Zafiro con los ojos abiertos y la boca abierta mientras los cuernos curvos crecían elegantemente de la cabeza de la mujer, elevándose al menos dos metros sobre ella. "¿Solo... haces esto, así sin más?"

Zafiro ladeó la cabeza, con una sonrisa de oreja a oreja. "Claro. ¿Por qué no? Soy una reina, cariño, y no tengo tiempo para sutilezas humanas". Hizo un gesto dramático, como si estuviera a punto de proclamar algo importante. "Además, cuando eres tan magnífica como yo, ocultar algo así es un flaco favor al mundo".

Felicia parpadeó, intentando procesar la información y la actitud, pero antes de que pudiera formar una frase coherente, Zafiro dio vueltas dramáticamente por la habitación como si estuviera en una pasarela. "Mira



esto. Este poder. Esta estatura. Esta belleza." Flexionó un brazo, dejando ver claramente su impresionante bíceps. "Así es el verdadero poder."

—¡Estás... loca! —exclamó Felicia, levantando las manos.

—No estoy loca, querida. Solo... por encima de lo normal. —Sapphire rió, un sonido que resonó como un trueno por toda la casa, haciendo temblar peligrosamente la lámpara cercana—. Y si esto te parece impactante, deberías ver lo que mi hija y tu hijo han estado haciendo. ¿De verdad crees que dejaría que alguien se casara con Katharina? ¡Destruiría continentes por menos!

—¡Ah, genial! ¡Así que eres posesiva y tienes delirios de grandeza! —replicó Felicia, todavía aturdida por el espectáculo que Zafiro le estaba ofreciendo.

"¿Delirios?" Zafiro se detuvo de repente, mirando a Felicia con ojos que brillaban con un amenazante tono dorado. "Los delirios implican que no puedo respaldarlos. ¿Quieres comprobar esa teoría, humano? La última vez... Un meteorito cayó sobre el Vaticano."

